



nietzsche

Conferencia Internacional / International Conference

el devenir de la vida the becoming of life

Actas / Proceedings

La vida como obra de arte y los asuntos de la historia en Nietzsche

MARIO GERMÁN GIL CLAROS
Universidad Santiago de Cali
Colombia

La vida como obra de arte y los asuntos de la historia en Nietzsche

MARIO GERMÁN GIL CLAROS

Universidad Santiago de Cali

Colombia

Magíster en filosofía por la Universidad del Valle, Cali, Colombia. Doctorado y posdoctorado en filosofía, School of Social Human Studies, Atlantic International University. Profesor de tiempo completo del Departamento de Humanidades, Universidad Santiago de Cali. Director de la revista *Redes*, encabeza el grupo de investigación Humanidades y Universidad, Colciencias y Universidad de Santiago de Cali. Ha publicado *Consideraciones en torno a la actitud filosófica en el sujeto moderno* (Madrid: Sánchez y Sierra, 2008), «Humanismo, libertad y pluralidad en Isaiah Berlin» (*A Parte Rei* 60), «Fenomenología y actitud filosófica» (*Sophia* 5, Pontificia Universidad Católica de Ecuador).

La palabra actúa primero sobre el mundo conceptual, y sólo a partir de él lo hace sobre el sentimiento, más aún, con bastante frecuencia no alcanza en modo alguno su meta, dada la longitud del camino. En cambio, la música toca directamente el corazón, puesto que es el verdadero lenguaje universal que en todas partes se comprende.

Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza. 1997.

I. El espíritu guerrero del filósofo

Preguntar por la cuestión de la ética nos invita a pensar por sí mismos, que por lo regular desconocemos, tal como lo argumenta Nietzsche en *La genealogía de la moral*.¹ La interrogación nietzscheana toma de lleno la pregunta clásica en la filosofía: ¿quién soy? De entrada la respuesta es: no me conozco, soy un extraño de mí mismo. De ahí que me rodeo de una capa de prejuicios que abonan la extrañeza, lo cual es preciso desentrañar, en el decir de Nietzsche; para así pasar a la siguiente pregunta: ¿quién soy en la morada que habito? La genealogía va a cumplir esta labor, en especial, en torno a las raíces del bien y el mal, que han jugado un papel protagónico en las conductas del hombre occidental. Es innegable que la tradición de estas conductas ha cimentado, a lo largo de más de dos mil años, el espíritu y el rostro del hombre moderno. Podemos decir que antes de nacer ya viene en nuestro banco genético dicho espíritu de comportamiento. Es una cuestión que tiene su origen en el ejercicio del poder, en el cual se da la sujeción espiritual de los individuos, por medio de lo que Nietzsche llama la moralidad occidental; ésta se ampara en el afán de seguridad ante lo incierto de este mundo terrenal que tanto ha atormentado al hombre. En este sentido, hablar de una ética inscrita como un estilo de vida para nuestros tiempos, desde una mirada nietzscheana, es asumir el *êthos* de un espíritu guerrero cuyas características son la fuerza, la vitalidad, el espíritu de cuerpo, de nobleza y de valentía. Esto último exige un temple, un dominio y gobierno de sí mismo nada fáciles en nuestro tiempo, cargado de tanta basura para el espíritu, incluso la misma filosofía ha sufrido estos embates que le han restado fuerza. El espíritu del guerrero en sus

acciones depende de la voluntad, fuente de decisión y de aseguramiento de la existencia y de los estilos de vida. Es pues, que, este tipo de ética se diferencia radicalmente de una moral de la obediencia, que para Schopenhauer no es moral, como lo afirma en *Los dos problemas fundamentales de la ética*, o tal como la califica Nietzsche en Humano, demasiado humano. Por tanto, lo que se pretende es la afirmación de sí mismo por medio de la libertad.

La ética del guerrero es la del noble, que Nietzsche caracteriza como “alguien que es”, es decir, tiene realidad y verdad.² Es lo bueno que se contrapone al medroso, al cobarde. Es aquel que se enfrenta a las adversidades, que lucha en un *êthos* que en su nacimiento se caracteriza por todo este ambiente difícil, adverso y complejo de la vida. Por tanto, el guerrero nace y se encarna en las acciones de la vida misma y no en una mera formalidad mojonada de cierta filosofía de iglesia, cargada de una abstracta y enigmática rigurosidad en los análisis de orden filosófico, tal como ha sido la crítica a la filosofía alemana moderna en la que vivió Nietzsche. Ahora bien, la energía del *êthos* en el nacimiento de la cultura griega, tiene que ver más con el honor, la valentía, la nobleza del hombre mismo, de un pueblo en consolidación, como lo ilustra la *Ilíada* de Homero. Todo lo contrario de lo que hoy se vive a partir de una moral en la que prima el resentimiento, de aquel que no se gobierna y no se cuida a sí mismo. Algunas características de un espíritu noble y templado son las siguientes:

- Vive con confianza y franqueza.
- No toma en serio los contratiempos.
- Hay un respeto por el enemigo.
- La idea de lo bueno se concibe a partir de sí mismo.
- Es su propio amo. En esto último radica su fuerza.
- Responde por sí mismo y por su “futuro”.

En síntesis, es aquel que tiene dominio de sí mismo. Corriendo riesgos, se podría aventurar en decir que este hombre nietzscheano se encuentra cargado de una voluntad de poder que brilla por sí sola, por su espíritu guerrero y aristocrático.³

Bajo la voluntad guerrera nace el filósofo, escondido inicialmente en el velo del sacerdote asceta oriental. Es decir, encubierto en una moral que no es la suya. “El ideal ascético le ha servido durante mucho tiempo al filósofo como forma de presentación, como presupuesto de su existencia –tuvo que representar ese ideal para poder ser filósofo, tuvo que *crear* en él para poder representarlo. La actitud apartada de los filósofos, actitud peculiarmente negadora del mundo, hostil a la vida, incrédula con respecto a los sentidos, desensualizada, que ha sido mantenida hasta la época más reciente y que por ello casi ha valido como la *actitud filosófica en sí*-, esa actitud es sobre todo una consecuencia de la precariedad de condiciones en que la filosofía nació y existió en general: pues, en efecto, durante un período larguísimo de tiempo la filosofía *no hubiera sido en absoluto posible* en la tierra sin una cobertura y un disfraz ascéticos, sin una autotergiversación ascética”.⁴ La reflexión nietzscheana señala hasta qué punto podemos ser “puros” en nuestros pensamientos, ante todo, hasta dónde es posible un filosofar, una actitud filosófica como modo de vida, libre de toda contaminación ascética, en el que la vida es afirmada y no negada, ni humillada a través del sacrificio, del sufrimiento y de la domesticación del pensamiento. Es decir, evitar la negación de sí mismo y afirmar una voluntad fuerte en sí misma, cuyo

supuesto es ella misma, guerrera de la existencia homérica,⁵ en la cual la vida se destaca por su estética, como la justifica Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia*.⁶ Obra llena de vida y fuerza, de sangre literaria y filosófica, en la que rompe todo espíritu conservador hacia los griegos, en la que hay creación de pensamiento que canta a la vida. Nietzsche la eleva a la experiencia estética, en la que sólo la vida cobra importancia y justificación.

II. La vida como obra de arte

En una vida justificada sólo como obra de arte, el sujeto se constituye en su propio artista, en su escultor, cuya materia prima es él mismo y su herramienta de trabajo es la vida misma. En síntesis, volver la vida una estética de la existencia. En este sentido nos dice Nietzsche: “El ser humano no es ya un artista, se ha convertido en una obra de arte: para suprema satisfacción deleitable de lo Uno primordial, la potencia artística de la naturaleza entera se revela aquí bajo los estremecimientos de la embriaguez”.⁷ Este artista, es el que se conoce a sí mismo, tiene la medida de su obrar, no va en demasiado, pues evita la autodestrucción, afirma la vida, pues sabe de la muerte como algo irrefutable. Es pues que, la vida y el arte toman el lugar central en la ética nietzscheana. “Pues sólo como *fenómeno estético* están eternamente *justificados* la existencia y el mundo”.⁸ En Nietzsche se resume este esfuerzo en el sujeto artista, actor y espectador de sí mismo, tal como él lo dice.

Constituirse a sí mismo materia de arte, es volverse cual obra de arte. Esto se condensa así: “En el fondo el fenómeno estético es sencillo; para ser poeta basta con tener la capacidad de estar viendo constantemente un juego viviente y de vivir rodeado de continuo por muchedumbres de espíritus; para ser dramaturgo basta con sentir el impulso de transformarse a sí mismo y de hablar por boca de otros cuerpos y otras almas”.⁹ Es un juego plástico, en el que uno deja de ser espectador (teórico) para ser actor (praxis), a la vez dejar de ser el actor para ser el espectador. La estética así vista se convierte en un trabajo constante sobre sí mismo, en el que nos moldeamos y buscamos unos fines para con nuestras vidas. Nos hallamos ante una situación en que la vida precisa del arte como modelo a seguir y como voluntad de poder. Un ejemplo. La música, para Nietzsche, expresa la esencia del mundo, no está mediada por las apariencias conceptuales. “Por tanto, siguiendo la doctrina de Schopenhauer nosotros concebimos la música como el lenguaje inmediato de la voluntad y sentimos incitada nuestra fantasía a dar forma a aquel mundo de espíritus que nos habla, mundo invisible y, sin embargo, tan vivamente agitado, y a corporeizárnoslo en un ejemplo análogo. Por otro lado, bajo el influjo de una música verdaderamente adecuada la imagen y el concepto alcanzan una significatividad más alta”.¹⁰ Es una existencia justificada estéticamente desde la voluntad artística que envuelve vitalmente el conocimiento; contrario al hombre teórico alejandrino que se esfuerza por acercarse a un mundo vital, pero cuyos resultados caen en desgracia ante una voluntad estética, tal como lo critica Nietzsche en la figura del hombre abstracto y desgarrado ante sí mismo.

El hombre de la vida estética posee una mirada escrutadora que va más allá de lo evidente, penetra la esencia de la cosa, rompe con la apariencia de ella y la supera, ya sea por medio de la recreación o por otros medios. Es pues que, para Nietzsche es

necesaria una “metafísica” del arte del vivir, ya que, “al repetir yo mi anterior tesis de que sólo como fenómeno estético aparecen justificados la existencia y el mundo: en ese sentido, es justo el mito trágico el que ha de convencernos de que incluso lo feo y disarmónico son un juego artístico que la voluntad juega consigo misma, en la eterna plenitud de su placer”.¹¹ El hombre cuya vida valorada estéticamente, vive en medio de la disonancia, lo disarmónico, entre el placer y el horror, no niega la tragedia y la penalidad de la existencia, son parte del mismo arte de vivir. Es el hombre que además de ser dueño de sí mismo, se crea a sí mismo cual obra de arte, se conoce a sí mismo, porque es el hombre de la medida, de la medida, pues conoce sus límites, para así poder conocerse a sí mismo como principio de sabiduría. No sin antes mencionar, que para la creación lo dionisiaco irrumpe con fuerza y quiebra cualquier sospechoso orden aparential; surgiendo así lo nuevo, lo oculto. En esta dirección, lo que se pretende es crear “posibilidad alta de existencia”. Se apunta a una especie de glorificación estética de la existencia dionisiaca, a veces regulada por la medida apolínea.

Una vida estética descansa en la revisión crítica de toda tradición moral que impide este estilo de vida. Nietzsche nos expresa en *Aurora*,¹² un ataque en torno a una moral que debilita y desfigura lo que es el hombre en su fortaleza. Por tanto, la labor nietzscheana ante la moral es el trabajo de un topo, tal como lo dice en *Aurora*, ir a los cimientos que la sustentan, para así lograr su caída definitiva como autoridad reguladora en la conducta humana. De otra parte, la lógica, que Nietzsche valora como un fenómeno moral, se ha encargado con el transcurrir del tiempo de justificar la moral de rebaño a partir de ella misma, en juicios que dicen la verdad moral. Esto último genera una obediencia a las costumbres, de la cual muchas veces no percatamos sus efectos; reforzada por una educación centrada en el principio de la vigilancia y el castigo a través del sentimiento moral, dado desde una tierna edad. Para Nietzsche someterse a las leyes de la moral, no es moral, por el contrario, implica someterse a una voluntad extraña, a una esclavitud espiritual, entre otras. En otras palabras, el sentimiento moral no sólo está cruzado por un deseo de conocimiento, sino por un fuerte deseo de poder y de dominio que se da hacia los otros, en ocasiones, se manifiesta de manera brutal y sin consideración alguna, convirtiendo al Otro en ser extraño para consigo mismo; cargado de tormentos, de angustias y frustraciones morales. “No hay nada que le resulte más difícil de conocer al hombre que el desconocimiento que tiene de sí mismo, desde los tiempos más remotos hasta hoy, y no sólo respecto al bien y al mal, sino también respecto a cuestiones mucho más importantes”.¹³ Esto último para Nietzsche, sigue siendo una imagen completa de nuestra individualidad, de lo que creemos que somos, constituyéndose en la tragedia moral para el hombre moderno, fuente de conflictos, no sólo políticos, sociales o culturales, sino de amistad y de lealtad. Para Nietzsche la grandeza del hombre, en especial el genio, está en el desarrollo de sí mismo como obra, en el autodomínio, en la purificación de su imaginación. En síntesis, es el que vuelca la mirada sobre sí mismo desde la filosofía, que raya en un estilo de vida muy particular, en el cual se da todo un régimen de reglas y técnicas que permite asumir dicho modo de vida filosófico. Tal como se destaca en el aforismo 553. Veamos: “*Con rodeos*. ¿Adónde pretende llegar esta filosofía con tantos rodeos? ¿Hace algo más que racionalizar, en cierto modo, un instinto constante y fuerte, que exige un sol bienhechor, una atmósfera luminosa, plantas meridionales, aire del mar, una nutritiva alimentación a base de carne, huevos y

fruta, agua pura para beber, paseos silenciosos durante días enteros, conversaciones poco frecuentes, leer poco y con precaución, una habitación solitaria, hábitos de limpieza sencillos y casi militares, en suma todo lo que más se ajusta a mi gusto personal y lo que considero más saludable para mí? ¿Será, en el fondo, una filosofía el instinto de un régimen personal, un instinto que busca mi atmósfera, mi actitud, mi temperatura, la salud que necesito, por el rodeo de mi cerebro?”¹⁴ Como vemos, este régimen filosófico de vida está cargado de una dietética que invita a cultivarlo de manera muy precisa, rayando en lo médico. Tal modo de vida se caracteriza por ser leal consigo mismo y con los amigos, valiente ante el enemigo, generoso ante el vencido y cortés ante cualquier ocasión. Es el hombre de la transparencia, con metas a realizar, quien cultiva y cuida de sí mismo. Este cuidado tiene que ver no sólo con una higiene espiritual, sino en asuntos de alimentación para evitar males al organismo, en los que se incluyen los paseos que han de restablecer al cuerpo, no ser sedentario, tener la capacidad de pensar y movernos libremente, buscar los favores de un buen clima que propicia el libre pensamiento. En resumen, se impulsa el dominio de sí mismo. Es decir, aquel que no renuncia a sí mismo, al contrario, hay una afirmación de una voluntad y vida filosófica, en un ambiente cultural favorable.

La cultura como la asume Nietzsche, ha de ser armónica en su estilo y vital en un pueblo.¹⁵ Así: vida, pueblo, estilo y cultura se ligan a situaciones específicas del diario vivir, como lo son la vivienda, la vestimenta, los gustos por la literatura, el teatro; es decir, todo aquello que enaltece la cultura misma del sujeto en su presente. A diferencia de aquellos sujetos productivos atrapados en el mundo de la oferta y la ganancia. “Pero Pascal llega a opinar que, si los seres humanos cultivan con tanta solicitud sus negocios y sus ciencias, lo hacen con el único fin de escapar así a las cuestiones más importantes, a las preguntas con que los importunarían todo ocio verdadero y toda soledad, es decir, a las preguntas que interrogan por el por-qué, el de-dónde, el a-dónde”.¹⁶ Es aquel que huye o ignora la pregunta por sí mismo, escondido bajo la necesidad del trabajo, de la producción, que caracterizan a las sociedades modernas de comunicación, en las que priman la pobreza de espíritu y la negación de una vitalidad artística. En otras palabras, retomando a Marx, se da la alienación de un sujeto social extraviado en el mundo. “El filósofo debe *conocer lo que se necesita* y el artista debe *crearlo*. El filósofo es quien con más intensidad debe resentir el sufrimiento general: de igual modo que cada uno de los filósofos griegos antiguos expresa una necesidad: ahí, en ese hueco, instala él su sistema. Dentro de ese hueco, construye él su mundo”.¹⁷ El filósofo, en especial la filosofía, ha de retener y cultivar lo más grande del espíritu humano. En esto radica su esplendor: la búsqueda de un saber que nos causa un profundo placer permite crear un estilo de vida único. Retomando a Nietzsche, es un estilo que no se funda en lo nacional, sino en una forma de vivir de cualquier pueblo e individuo; dando así forma a este modo de vida, en el que el sentimiento imprime su sello en dicho estilo de vida artístico. A diferencia del especialista del mercado, que hoy abunda en nuestro medio: el hombre carente de sensibilidad para la vida, el de la vulgaridad, la ignorancia y la tontería. “Todo filósofo está ahí en primer lugar para sí mismo y en segundo lugar para otros: el filósofo no puede eludir en modo alguno esa duplicidad de relaciones”. (...) “El producto más genuino de un filósofo es su vida, ella es su obra de arte y, como tal, se halla vuelta tanto hacia quien la creó como hacia los demás seres humanos”.¹⁸ Esto último da

fortaleza al estilo de vida, a su individualidad y a su radical relación con la comunidad. Es la cultura de un pueblo. En consecuencia, el filósofo siempre habla de sí mismo, aunque hable para los demás, busca la felicidad en el saber como forma práctica de llevar la vida. En cierta manera llena de optimismo. “Pero toda filosofía verdadera es necesariamente optimista, pues de lo contrario se niega a sí misma el derecho a existir”.¹⁹ Siendo consecuente consigo mismo, Nietzsche destaca la función vital de la filosofía para nuestro momento, en especial, vale decir, para una vida gozosa y finita.

De nuevo la vida se afirma a sí misma con todo lo que es, incluidos sus dolores y amarguras, los cuales son partes esenciales de ella misma, es lo que le da el sabor a tanta aparente alegría y felicidad, como resalta *La gaya ciencia*.²⁰ La estética asumida como arte de la existencia, retoma un nuevo aire, en la que lo bello y lo feo se conjugan en un solo acto de vida, que es en últimas lo que más interesa a partir de una profunda postura espiritual. De ahí que la filosofía sirva tanto al enfermo como al sano; siendo el cuerpo el que nos empuja a este tipo de postura, en la que el filósofo se ha de convertir en el médico de sí mismo y de su época, el que estudia y examina el presente en procura de una buena salud. “Un filósofo que ha recorrido su camino a través de muchos estados diferentes de salud, y que aún recorre semejante senda, ha pasado por otras tantas filosofías, puesto que cada vez no habrá podido menos de transportar su estado a la lejana forma más espiritual, y en este arte de transfiguración consiste precisamente la filosofía. Nosotros, los filósofos, no podemos separar el cuerpo del alma, como hace el vulgo, y menos todavía podemos separar el alma de la inteligencia. No somos ranas pensantes, no somos máquinas objetivas, ni marcadores con refrigerantes por entrañas. Parimos con dolor nuestros pensamientos y maternalmente les damos cuanto hay en nosotros: sangre, corazón, fogosidad, alegría, tormento, pasión, conciencia, fatalidad. Para nosotros consiste la vida en transformar continuamente cuanto somos en claridad y llama y lo mismo cuanto tocamos. No podemos hacer otra cosa”.²¹ En esto va la filosofía y la vida en un mundo estético lleno de superficialidad por profundidad, es decir, la vida como obra de arte. Por tanto, es un hacerse, acompañado por la risa, por la razón y la pasión intelectual que cautiva al pensamiento nietzscheano.

Este artista de sí mismo requiere mirarse a distancia cuando apreciamos un cuadro, para descubrir la gracia que él encierra para los otros. En esta mirada hay una afirmación y no una renuncia de sí mismo; esto último le obliga a una toma de postura no sólo de sí mismo, sino ante su actualidad a la cual pertenece. Así se puede decir que: primero, mirarse a sí mismo. Segundo, mirar a los demás, a la cultura. En consecuencia, volverse médico del alma que procura su salud en su diagnóstico, en su cuidado y en la verdad a través de una postura estética de la vida. “La existencia nos parece soportable como fenómeno estético, y el arte nos da ojos y manos, sobre todo tranquilidad de conciencia para poder engendrar nosotros mismos ese fenómeno”.²² Es decir, asumir una actitud filosófica que nos permita mirarnos y distanciarnos a sí mismos. “De vez en cuando necesitamos descansar de nosotros mismos, mirarnos desde lo alto, en la lejanía del arte, para reír y llorar por nosotros; necesitamos descubrir al héroe y al loco que oculta nuestra pasión por el conocimiento; es menester que alguna vez nos regocijemos con nuestra locura, para que podamos conservarnos alegres en nuestra sabiduría”.²³ Esta actitud de vida nos aleja de toda visión maniquea de ella misma, nos hace frescos e irreverentes, a la vez que nos permite describirnos.

Asimismo, nuestra condición en el mundo, en lo humano, que es precisamente a lo que se refiere permanentemente Nietzsche en todos sus escritos de manera crítica, como lo destaca el aforismo 115 de la *Gaya Ciencia*, el cual habla de los errores del hombre, reflejados en conceptos como humanidad, humanitarismo y dignidad humana, de la cual gustan hablar cristianos, conservadores, comunitaristas, liberales, marxistas y republicanos. De ahí la dificultad estética de mirarse a sí mismo, de cultivarse y recrearse de manera libre, frente a estos errores humanos que fustiga Nietzsche. Pues: “También para con las virtudes se puede ser adulator y carecer de dignidad”.²⁴

La vida en sí, asumida desde una estética de la existencia, es su afirmación y no su negación terrenal; pues es aquí en este mundo, con todas las dificultades, peligros y tensiones lo que hace a la vida apreciable. “Porque, creedme, el secreto para cosechar la existencia más fecunda y el mayor deleite de la vida está en *vivir peligrosamente*”.²⁵ Esto último exige creer y cultivarse a sí mismo para dicha existencia estética, pues el clima fuera de la morada es caprichoso. De ahí la necesidad de imprimir con fuerza un carácter que nos ayude a mantener nuestro camino. “Mas nosotros queremos ser los poetas de nuestra vida hasta en las cosas más menudas”.²⁶ En esto radica la fortaleza de una vida estética acuñada por el ánimo, es decir, vida contemplativa y creativa, en la que están presentes la fuerza y el arte de vivir. “Tener sentidos sutiles y gusto fino; estar acompañado de las cosas espirituales más escogidas y mejores, como el más natural y sano alimento; gozar de un alma fuerte, audaz e intrépida; atravesar por la vida con paso firme y mirada tranquila; hallarse apercebido siempre tanto para los casos extremos como para una fiesta; codiciar mundos y mares inexplorados, hombres y dioses desconocidos; oír toda música alegre, cual si al escucharla nos tomásemos algún descanso y un breve esparcimiento, y al disfrutar de aquel instante nos sintiéramos vencidos por las lágrimas y por la ardiente melancolía de la dicha: ¿quién no desearía este su destino y estado?”.²⁷ En otras palabras, una vida cuya esteticidad está cargada de juventud y de vieja sabiduría, donde los sentidos dejan a un lado su rusticidad y se cargan de plasticidad, en una vida espiritualizada que exige dominio de sí mismo. Aunque Nietzsche es crítico de este estilo de vida cerrado y arquitectónico.²⁸ En cierta dirección, lo que impulsa la estética nietzscheana es la fuerza de voluntad, la cual arrastra, como dice Schopenhauer, la razón y el mismo equilibrio; es en otros términos, una fuerza embriagadora de pasión, en la que el amor a sí mismo juega su papel enaltecedor, que nos ayuda a descubrirnos a sí mismos con firmeza, para enfrentar las situaciones adversas de la vida. “Todos los grandes problemas exigen mucho amor y solo son capaces de él los espíritus enérgicos, claros y firmes, las inteligencias que tienen sólidos cimientos”.²⁹ Son aquellos seres que tienen la capacidad de distanciarse a sí mismos y poder observar en toda su magnitud plástica, melodiosa y ligera el mundo “¿Qué es lo que todo mi cuerpo pide a la música, en resumen? Creo que le pide un *alivio*, como si todas las funciones físicas se acelerasen al influjo de ritmos ligeros, atrevidos, desenfrenados y orgullosos; como si la vida de bronce y plomo perdiera su peso bajo el encanto de doradas melodías, delicadas y suaves. Mi melancolía quiere descansar en los escondrijos y en los abismos de la perfección: por eso necesito de la música”.³⁰ Lo que vemos es la afirmación de la figura del filósofo bailarín y dionisiaco. Por tanto, la plasticidad de este ser se caracteriza por su huida de todo aquello que ha representado hasta ahora al hombre moderno, en especial en su cultura judeocristiana.

III. El asunto de la historia en la formación del espíritu moderno

Con Nietzsche nos vemos enfrentados a un diálogo que se dirige a sí mismo, en una permanente exploración, en saber el lugar que se ocupa en este mundo, ante el cual se encuentra en franca ruptura. Así, la “destrucción” de todo aquello como son los valores de la cultura judeocristiana y su historia, fija una posición del pensamiento nietzscheano en la constitución de una nueva cultura que permite afirmar la vida, no una historia del sufrimiento, de la resignación. “Esto quiere decir que necesitamos la historia para la vida y para la acción, aunque, en realidad, no para su cómodo abandono, ni para paliar los efectos de una vida egoísta y de una acción cobarde y deshonesto”.³¹ Afirmar la vida es partir de nuestro presente, de nuestra actualidad, la única que nos da la posibilidad de dicha historia viva. Es decir, una historia que no condene al hombre al pasado, que le evite quedar preso en sus entrañas. Paradójicamente, la historia que trata de conservar ese pasado se encarga del olvido de aquellos sucesos considerados trascendentales, reemplazados por otros. El olvido se esfuerza en borrar el conocimiento de todo lo que hemos sido, si no miremos los distintos pueblos que han caído bajo sus garras. Es pues que: “Todo ello hasta que un buen día la muerte, finalmente, traiga el ansiado olvido, sustrayendo la posibilidad del presente y del existir y presentando el sello de ese conocimiento que enuncia que la existencia es un ininterrumpido haber sido, algo que vive negándose, consumiéndose y contradiciéndose continuamente”.³² En términos nietzscheanos, el olvido es el más eficaz antídoto, rompe con todo tipo de duración, que es lo que reivindica la historia; en cierta medida, mantiene latente lo viejo, lo débil, que impide vivir. En consecuencia, es la fuerza y plasticidad del presente, en el cual el filósofo es su médico, quien diagnostica sus males y fortalezas.

La relación entre historia y dominio es clave, pues todo aquel que domina construye un imperio, justificado en su legitimidad histórica, la cual se encarga de hablar de las bondades de quien o quienes dominan. “Por consiguiente, tendremos que dictaminar que la capacidad de poder sentir de manera no histórica es mucho más importante y originaria en la medida que constituye el fundamento sobre el que puede en general desarrollarse y crecer algo justo, sano y grande, algo, en definitiva, auténticamente humano”.³³ Esta condición de lo humano que es histórica, se inspira en la fuerza de la vida, de la acción, de la pasión. “La historia, en la medida en que sirve a la vida, está al servicio de un poder no histórico y, por tanto, en esta subordinación, no puede -ni debe ser- nunca una ciencia pura, como es el caso de las matemáticas”.³⁴ Es decir, no se niega la historia, sino aquella cuyo dominio metafísico implica decadencia de la vida.

En la manera de ver la historia, Nietzsche la clasifica así: la monumental, la anticuaria y la crítica, destaca que si una de ellas prevalece como la monumental, va en detrimento y en el olvido de las otras. Nos dice: “La historia anticuaria se petrifica justamente en el momento en que la fresca vital del presente ha dejado ya de animarla y entusiasmarla”.³⁵ Aquí, aparece con fuerza la certeza, aquella capaz de destruir el pasado que no nos dice mayor cosa y carece de vitalidad para el presente. En síntesis, la historia ha de servir para el fin de la vida en su desarrollo y no para

monumentalizarla. “Que el conocimiento del pasado, finalmente, sólo se desea en cualquier época al servicio del futuro y el presente, pero no para la debilitación de este último ni para el desarraigo de un futuro lleno de vitalidad es un hecho tan simple como la verdad misma y convence inmediatamente, incluso a quien para ello no se deje conducir por la demostración histórica”.³⁶ Semejantes palabras las encontramos en la reflexión foucaultiana. Por tanto, precisamos de una historia que nos hable y nos oriente en nuestro presente y nos impulse hacia adelante, que no nos detenga y fosilice en un pasado imposible de vivir.

Al igual que la historia, la filosofía corre parecido riesgo, refugiada en una conciencia moderna cargada de erudición, vigilante ante el dogma, aliada de instituciones punitivas, refugiada en su interioridad y privacidad. En esencia, se pierde su vitalidad. “*Sólo desde la fuerza más poderosa del presente tenéis el derecho de interpretar el pasado*”.³⁷ La mirada hacia el pasado descansa en algo radicalmente novedoso que habla vivamente a nuestro presente. “Pero hoy nuestra época odia la misma madurez, porque se honra más a la historia que a la vida. Es más, todo el mundo se vanagloria de que hoy en día <<la ciencia comience a dominar sobre la vida>>”.³⁸ Determinado por dos principios modernos: la producción y la política liberal, en las que quedan atrapados los sujetos en el culto de una especie de verdad magistral. Es la radiografía del hombre moderno. “La honrada mediocridad se vuelve cada vez más mediocre, la ciencia en su sentido económico cada vez más útil”.³⁹ Es lo que ha recorrido el hombre occidental en la veneración y la acción teológica de la edad media al culto de la ciencia. “Al lado del hombre moderno se encuentra su *ironía* sobre sí mismo, su conciencia de vivir en un estado de ánimo historicista y algo así como crepuscular: su miedo a no poder salvar completamente nada de sus esperanzas y fuerzas de su juventud en el futuro”.⁴⁰ Es el hombre atrapado en el pensamiento teórico, alejado de la vida. Es decir, aquel que se ha olvidado de sí mismo. “El exceso de historia ha debilitado la fuerza plástica de la vida, porque ha dejado de comprender el servicio del pasado como un alimento vigorizante”.⁴¹ El olvido de sí mismo implica algo concreto: para salir de él es preciso luchar contra sí mismo, organizar la existencia, modelarla y darle luz propia a una vida no productiva y repetitiva, tal como se caracteriza al espíritu moderno. Espíritu acompañado de comodidad y pereza de pensamiento; evitando la confrontación consigo mismo, lo cual exige ser tal cual. Es el hombre carente de educación, es el de la mera opinión, del temor y del sometimiento a la voluntad ajena, es decir el representado. “Tenemos que asumir la responsabilidad sobre nuestra existencia ante nosotros mismos; queremos, en consecuencia, ser también los verdaderos pilotos de esta existencia, sin permitir que se asemeje a un azar inconsciente”.⁴² Es el sujeto cuya responsabilidad está marcada para consigo mismo, en su reencuentro, en su reconocimiento; en especial en su dominio, posible por medio de la educación. “Y éste es el secreto de toda formación: no proporciona prótesis, narices de cera, ni ojos de cristal. Lo que estos dones pueden dar es más bien la mera caricatura de la educación. Porque la educación no es sino liberación. Arranca la cizaña, retira los escombros, aleja al gusano que destruye los tiernos gérmenes de las plantas; irradia luz y calor; actúa como la benéfica llovizna nocturna; imita e implora a la naturaleza en lo que ésta tiene de maternal y compasiva”.⁴³ La educación nos vuelve reflexivos, sobresale el interés de aprendizaje, apoyado en la figura del maestro, caracterizado por la profundidad y la sencillez del conocimiento o del mismo saber,

conmover en sus argumentos, carente de una inflada retórica, brillante en su honradez, en su jovialidad y en su constancia. Refiriéndose al maestro dice Nietzsche: “Es honrado, porque habla y escribe a sí mismo y para sí mismo; es jovial, porque ha vencido mediante el pensamiento lo más difícil; y es constante, porque así tiene que ser”.⁴⁴ En últimas, aquel dueño de sí mismo.

El maestro-filósofo, es el del ejemplo, que en su práctica vivencial arrastra a su discípulo, en una actitud de pensamiento como postura de vida, como estilo de vida filosófica dado en la enseñanza. “Pero el ejemplo debe ser dado mediante la vida visible y no sólo a través de libros, esto es, a la manera como enseñaban los filósofos griegos, mediante gestos, con el rostro, con la actitud, con los ropajes, alimentos y costumbres más que con la palabra o la escritura”.⁴⁵ Este tipo de enseñanza y de vida fortalece aquellos espíritus convencidos de sí mismos y de su tenacidad guerrera y libertaria, frente a un presente que ha de sopesar y superar en su imagen. Por tanto, no es que el presente, el estado en el que nos encontramos no nos influya y determine, sino que la labor es superarlo y pensarlo de otro modo, tal como lo es la vida asumida como obra de arte; lo que nos lleva a pensar y vivir el presente de manera profunda. Para ello, Nietzsche requiere de un hombre que reúna tres cualidades: 1. La figura del hombre impetuoso, casi salvaje o natural. ¿Rousseau? 2. La figura del hombre contemplativo, selecto para una minoría exclusiva. ¿Goethe? 3. La figura del hombre que asume desde su voluntad el sufrimiento de la verdad, en la aspiración de una vida diferente. ¿Schopenhauer? Estas tres cualidades forman un solo hombre, apto para afrontar los avatares de la vida moderna; aquel capaz de ser dueño de sí mismo, caracterizado por su vitalismo, el cual lo afirma en su poder y saber; erigiéndose en juez no sólo de sí mismo, sino de lo que hay a su alrededor: la naturaleza y la cultura. Esto último se puede resumir, en palabras de Nietzsche, así: “Un sabio no podrá nunca convertirse en filósofo. Ni siquiera Kant fue capaz de ello, sino que permaneció hasta el final, a pesar de la fuerza innata de su genio, en una especie de estado de crisálida. Quien crea que injurio a Kant con estas palabras no sabe lo que es un filósofo, esto es, no sólo un gran pensador, sino también un ser humano verdadero”.⁴⁶ El filósofo es aquel que se vale a sí mismo en su aprendizaje. Así la figura auténtica del filósofo queda resumida en estas palabras: “Quedan así indicadas algunas condiciones necesarias para el surgimiento del genio filosófico en nuestro tiempo, a pesar de las graves trabas que se oponen a ello: virilidad libre del carácter, conocimiento precoz de los humanos, ausencia de educación sabia o erudita, ninguna estrechez patriótica, ninguna coacción a ganarse el pan, ninguna relación con el Estado. En una palabra: libertad y siempre libertad”.⁴⁷

En síntesis, la vida filosófica se encuentra exenta de todo compromiso de orden institucional que pueda mermarla o acabar su libertad, tal como puede suceder con la figura del filósofo rey, el filósofo funcionario público empeñado ante las estructuras oficiales de la época, de la actualidad, del presente. Sin que estas afirmaciones impidan actuar políticamente, que de hecho se refleja en los escritos nietzscheanos. Lo que invita una vida asumida como obra de arte, es mirar y asumir políticamente el presente de otra manera.

Notas

¹ Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral* (Madrid: Alianza, 1983).

² Cf. 35.

³ Cf. 67-68.

⁴ *Ibid.* 134-135.

⁵ Werner Jaeger, *Paideia*. (Santafé de Bogotá: Fondo de cultura económica, 1997). En el que se destaca en sus primeras páginas el ideal del *êthos* guerrero y aristocrático del griego de la *Iliada*, la cual sirvió de modelo educativo para la dicha cultura.

⁶ Federico Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* (Madrid: Alianza, 1997).

⁷ *Ibid.* 45.

⁸ *Ibid.* 66.

⁹ *Ibid.* 83.

¹⁰ *Ibid.* 136.

¹¹ *Ibid.* 187-188.

¹² Friedrich Nietzsche, *Aurora. Reflexiones sobre la moral como prejuicio* (Madrid: Edimat, 1998).

¹³ *Ibid.* 108.

¹⁴ *Ibid.* 279.

¹⁵ Friedrich Nietzsche, *Consideraciones intempestivas. I. David Strauss, el confesor y el escritor. (Fragmentos póstumos)* (Madrid: Alianza, 2000), 31-32.

¹⁶ *Ibid.* 82-83.

¹⁷ *Ibid.* 134.

¹⁸ *Ibid.* 187.

¹⁹ *Ibid.* 223.

²⁰ Federico Nietzsche, *La gaya ciencia*. (Medellín: Bedout, 1980).

²¹ *Ibid.* 10.

²² *Ibid.* 83.

²³ *Ibid.* 83-84.

²⁴ *Ibid.* 107.

²⁵ *Ibid.* 124.

²⁶ *Ibid.* 132.

²⁷ *Ibid.* 134.

²⁸ Cf. 135-136.

²⁹ *Ibid.* 159.

³⁰ *Ibid.* 190.

³¹ Friedrich Nietzsche, *Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida. [III intempestiva]* (Madrid: Biblioteca nueva, 1989), 38.

³² *Ibid.* 41-42.

³³ *Ibid.* 45-46.

³⁴ *Ibid.* 51-52.

³⁵ *Ibid.* 64.

³⁶ *Ibid.* 67.

³⁷ *Ibid.* 93.

³⁸ *Ibid.* 99-100.

³⁹ Ibíd. 102.

⁴⁰ Ibíd. 115.

⁴¹ Ibíd. 135.

⁴² Federico Nietzsche, *Schopenhauer como educador* (Madrid: Biblioteca nueva, 2001), 27.

⁴³ Ibíd. 29.

⁴⁴ Ibíd. 39.

⁴⁵ Ibíd. 39-40.

⁴⁶ Ibíd. 103.

⁴⁷ Ibíd. 105.

BIBLIOGRAFÍA

- Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 1983.
- Nietzsche, Federico. *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza, 1997.
- Nietzsche, Friedrich. *Aurora. Reflexiones sobre la moral como prejuicio*. Madrid: Edimat, 1998.
- Nietzsche, Friedrich. *Consideraciones intempestivas. I. David Strauss, el confesor y el escritor. (Fragmentos póstumos)*. Madrid: Alianza, 2000.
- Nietzsche, Federico. *La gaya ciencia*. Medellín: Bedout, 1980.
- Nietzsche, Friedrich. *Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida. [II intempestiva]*. Madrid: Biblioteca nueva, 1989.
- Nietzsche, Federico. *Schopenhauer como educador*. Madrid: Biblioteca nueva, 2001.
- Jaeger, Werner. *Paideia*. Santafé de Bogotá: Fondo de cultura económica, 1997.